

¡Ah! ¡Ese papa al que no se le encuentra, al que no se le ve jamás, ese papa oculto á la mayoría de los hombres lo mismo que una de esas divinidades terribles á las que sólo sus sacerdotes se atreven á mirar la cara! Y se encerró en ese suntuoso Vaticano que sus antepasados del Renacimiento edificaron y adornaron para dar gigantescas fiestas; y vive allí aprisionado con los hombres hermosos y las mujeres hermosas de Miguel Angel y Rafael, con los dioses y diosas de mármol, el esplendoroso Olimpo celebrando á su alrededor la religión de la luz y de la vida. Todo el papado bañado allí con él en el paganismo.

¡Qué espectáculo, cuando aquel anciano débil, de una blancura pura, sigue esas galerías! A derecha é izquierda míranle pasar las estatuas con toda la desnudez de sus carnes al descubierto, y le contemplan Júpiter, Apolo, y Venus la dominadora y es Pan, el dios universal en cuya risa suenan las alegrías de la tierra. Son también las nereidas que se bañan en la ola transparente, las bacantes que, sin velo, se revuelcan entre las hierbas cálidas y centauros que galopan llevándose á sus humeantes reinos desmayadas jóvenes; Arina sorprendida por Baco, Ganímedes acariciando el águila, Adonis inflamando las parejas con su llama.

Y el blanco anciano sigue su camino balanceándose sobre la sillita baja, atravesando por entre todo ese triunfo de la carne, de esa desnudez al descubierto, glorificada y que aclama la supremacía de la Naturaleza, la materia eterna.

Desde que la encontraron, exhumaron y honraron, reina de nuevo la materia imperecedora, y en vano han puesto hojas de parra á las estatuas, lo mismo que vistieron las grandes figuras de Miguel Angel, porque el sexo flamea, desbórdase la vida y la savia circula á torrentes por las venas del mundo.

Allí cerca, en la Biblioteca Vaticana, de incomparable riqueza y en la que duerme toda la ciencia humana, hay un peligro mucho mayor aun, podría haber una explosión que se llevase al Vaticano y hasta á San Pedro si un día los libros se despertasen á su vez hablando alto, como hablaba la belleza de las Venus y la virilidad de los Apo-

los. Pero el blanco anciano, tan diáfano, parece que no ve, que no oye nada y las colosales cabezas de Júpiter, los hombros de Hércules y las equívocas caderas de Antinoo, siguen viéndole pasar.

Lleno de impaciencia decidióse Narciso á interrogar á uno de los guardas del Museo, que le dijo que su Santidad había ya pasado. Y efectivamente, muchas veces para atajar pasaban por una galería cubierta, que desembocaba delante de la Moneda.

—Bajemos también,—dijo Narciso á Pedro,—¿queréis? Deseo que veais los jardines.

Al llegar abajo, al vestíbulo, se puso á hablar con otro guarda, con un antiguo soldado pontificio al que conocía personalmente. Inmediatamente le dejó pasar con su acompañante; pero no pudo asegurarle si monseñor Gamba del Zoppo acompañaba ó no aquel día á Su Santidad.

—No importa,—añadió Narciso cuando se encontraron los dos solos en el paseo,—pues no desespero aún de que tengamos un buen encuentro... Mirad, estos son los famosos jardines del Vaticano.

Son muy vastos y el Papa puede recorrer cuatro kilómetros por caminos abiertos en el bosque y pasando por la viña y el huerto. Esos jardines ocupan la meseta de la colina Vaticana que el antiguo muro de León IV, rodea aún por todas partes, lo que le aísla de los valles inmediatos, lo mismo que si fuese la cima de un recinto fortificado. En otros tiempos ese muro llegaba hasta el castillo de Santángelo y formaba lo que se llama la Ciudad Leonina.

No domina nada ni nadie ve esos jardines, en los que no puede penetrar ninguna mirada indiscreta como no sea desde la gigantesca cúpula de San Pedro, cuya enormidad es la única que lo alcanza con su sombra en los ardientes días del estío. Forman por otra parte, un mundo, un conjunto completo y variado que todos los papas embellecieron á porfía; un gran parterre con simétricos musgos en el que se destacan dos hermosísimas palmeras, y adornado con naranjos y limoneros, colocados en grandes macetas; un jardín más libre, más sombrío, en el que en medio de espesos setos de ojaranzos, se encuentra el Aquilón, la

fuelle de Juan Vesancio y el antiguo casino de Pío IV, y en seguida vienen los bosques con soberbias encinas verdes, bosquecillos de plátanos, acacias y pinos, cortados por espaciosos caminos de encantadora dulzura, para dar largos y lentos paseos, y por último, hacia la izquierda, y tras unos cuantos árboles, el huerto y una viña con unas vides admirablemente cuidadas.

Sin dejar de andar á través del bosque, dió Narciso muchos detalles á Pedro acerca de la vida del Santo Padre en aquellos jardines. Cuando el tiempo lo permitía, se paseaba un día sí y otro no. Antiguamente, al llegar el mes de Mayo, los papas abandonaban el Vaticano por el Quirinal, ó se iban á pasar los grandes calores á Castelgandolfo, en las orillas del lago Albano. Hoy el papa no tiene más para residencia de verano, que una antigua torre del recinto de León IV poco menos que intacta. Y allí es á donde se va á vivir durante los días más calurosos. Y es más, ha mandado construir á su lado un pabellón para que se instale en él su servidumbre en caso necesario.

Narciso, como familiar de la casa, entró con toda libertad y consiguió que Pedro pudiese echar una ojeada á la única habitación que ocupaba Su Santidad, vasta pieza redonda con techo semiesférico, y con el cielo raso pintado con las figuras simbólicas de las constelaciones, de las que una, el León, tiene dos estrellas por ojos que un sistema especial de alumbrado hace brillar durante la noche. Las paredes tienen tal espesor, que tapiando una de las ventanas se ha podido formar como un cuartito en un hueco, en el que se ha colocado un gran sillón. El mobiliario no se compone más que de la gran mesa para el trabajo, otra pequeñita, movable, para comer, y un amplio y cómodo sillón todo él dorado y que, por cierto, es uno de los regalos del jubileo episcopal.

Y medita en los días de soledad, de silencio absoluto, en la sala baja del torreón, fresca como un sepulcro cuando los ardorosos soles de Julio y de Agosto abrasan á lo lejos á Roma abrumada bajo el calor.

Después venían algunos detalles más. En otra torre habían instalado un observatorio astronómico que se veía

por entre las copas verdes de los árboles, con su blanca cúpula. Hay también entre los árboles un pequeño chalet suizo en el que á León XIII le agrada descansar. Algunas veces llega hasta el huerto; pero lo que interesa más es la viña que visita con frecuencia para ver si maduran las uvas y si será buena la cosecha. Pero lo que le llamó más la atención al joven presbítero, fué el saber que el Padre Santo era un cazador acérrimo cuando la edad aun no le había debilitado. Cazaba con *roccolo*, pero de una manera apasionada. En las lindes de los matorrales colocaban las redes de malla ancha á lo largo de un paseo que orillan y de ese modo cierran por los dos lados.

En medio, en el suelo colocan las jaulas con el reclamo y los cimbeles cuyo canto no tarda en atraer á los pajarillos de los alrededores, como jilgueros, pardillos, ruiseñores y otros de varias clases, y cuando una bandada estaba ya allí León XIII, sentado aparte y al acecho, palmoteaba con las manos y asustaba á los pajarillos que echaban bruscamente á volar enredándose sus alas en las anchas mallas de la red. No quedaba que hacer más que recogerlos y matarlos con una ligera uñada. El becafigo asado es un bocado exquisito.

Cuando volvían por el bosque, tuvo Pedro otra sorpresa; de pronto tropezó con una gruta de Lourdes, con una imitación en pequeño, reproducida con el auxilio de rocas y piedras de cemento. Su emoción fué tan grande, que no pudo ocultársela á su compañero.

—¿De modo que es verdad? Me lo habían dicho, pero no quise creerlo, porque suponía que el Padre Santo era más intelectual y estaba desprendido de esas bajas supersticiones.

—¡Oh!—respondió Narciso.—Creo que esa gruta data de Pío IX, que profesaba particular devoción á Nuestra Señora de Lourdes. En todo caso, debe ser algún regalo y que León XIII ha dado sencillamente orden para que lo conserven.

Durante algunos minutos permaneció Pedro mudo é inmóvil ante aquella reproducción, ante aquel juguete infantil de la fe. Algunos visitantes habían pasado por aquellos sitios con devoto celo y dejado sus tarjetas metidas

entre las hendiduras de cemento. Esto fué para Pedro origen de una gran tristeza y echó á andar tras de su compañero con la cabeza inclinada y entregándose á sus cavilaciones desoladas acerca de la imbecil miseria del mundo. Después, al salir del bosque y hallarse de nuevo enfrente del parterre, levantó los ojos.

¡Dios santo! ¡Qué final más hermoso de un día sereno y qué encanto victorioso se desprendía de la tierra en aquella parte adorable de los jardines! Más aun que bajo las agradables sombras del bosque, más aun que entre las viñas fecundas, sentía allí toda la fuerza de la poderosa naturaleza, en medio de aquel parterre desnudo, desierto, noble y agostado. Apenas se veían por encima de los entecos musgos, que adornaban con simetría los compartimientos geométricos dibujados por los paseos, algunos arbustos no muy elevados, rosales enanos, aloes, contados macizos de flores medio secas y, preparadas con el gusto barroco de épocas pasadas, algunas plantas verdes dibujando en el suelo las armas de Pío IX.

El rumor cristalino del agua del surtidor, una continua lluvia de gotas que caían en el tazón de mármol central, era lo único que turbaba el ardoroso silencio de aquellos parajes. Roma entera, con su cielo ardiente, su gracia soberana, su conquistadora voluptuosidad, parecía que animaba con su alma aquella cuadrada decoración, vasto mosaico de verdura, cuyo semiabandono y rojiza ruina tenían algo de melancólica fiereza, con el estremecimiento muy antiguo de una pasión de fuego que no podía morir. Y dominando el aroma de los pinos y de los eucaliptus, más fuerte aun que el de los naranjos en la madurez de su fruto, elevábase otro olor, el de los grandes bojes amargos, tan cargado de vida violenta, tanto que turbaba al pasar como el olor mismo de la virilidad de aquel vetusto suelo saturado de polvo humano.

—Es muy extraordinario que no hayamos encontrado á Su Santidad,—dijo Narciso,—y sin duda su coche se internó en el otro paseo del bosque, mientras nos deteníamos en la torre de León IV.

Y volvió á ocuparse de su primo, de monseñor Gamba del Zoppo, explicando cuáles eran sus funciones como

copiere, escanciadador del papa, que aquel tenía que desempeñar como uno de sus cuatro camareros secretos participantes y no constituían más que un cargo puramente honorífico, sobre todo, desde que las comidas diplomáticas y las dadas en honor de la consagración de algún obispo se verificaban en la secretaría del Estado, en el domicilio del cardenal secretario.

Monseñor Gamba del Zoppo, cuya insignificante nulidad era legendaria, parecía no tener que desempeñar más papel que el de recrear á León XIII que le estimaba mucho por sus continuas adulaciones y por las anécdotas que contaba, sacadas de todas partes, lo mismo de la sociedad blanca que de la negra. Aquel hombre grueso y amable condescendiente y hasta servicial, cuando no entraba en su interés, era una gaceta viviente que se hallaba al corriente de todo y que no desdeñaba las habillitas de las cocinas; de esta manera se encaminaba tranquilamente hacia el cardenalato, seguro de obtener el capelo, sin tomarse más molestias que la de llevar noticias y cuentos para las horas agradables del paseo. Y Dios sólo sabe si podía hacer grandes cosechas en ese cerrado Vaticano en el que se agita semejante pululamiento de prelados de todas clases, en esa familia pontifical sin mujeres, compuesta de solterones con sotana, sordamente trabajados por desmedidas ambiciones, por luchas sordas y abominables, por rencores feroces que, según dicen, llegan á veces hasta á apelar al bueno y viejo veneno de los tiempos antiguos.

De pronto detúvose bruscamente Narciso.

—¡Mirad!—exclamó.—Bien lo sabía yo... ahí tenéis al Padre Santo... pero hemos tenido poca suerte puesto que ni siquiera nos verá. Va á subir al coche.

Y en efecto, la carretela se acercó á la linde del bosque y un grupo formado por unas cuantas personas, y que salió de un sendero, se encaminó hacia aquel lugar.

A Pedro se le figuró que había recibido un gran golpe en el corazón. Inmóvil como su compañero, medio oculto tras la elevada maceta de un limonero no pudo ver más que de lejos al blanco anciano, tan delicado entré los pliegues de su sotana de nivea blancura y moviéndose lenta-

mente con un paso menudito, con el que más que andar parecía como que se deslizaba sobre la arena. Apenas pudo ver el demacrado rostro de color de antiguo marfil diáfano, acentuado por su gran nariz sobre los delgados labios; pero los negros ojos relucían con una sonrisa y con la curiosidad, mientras que la cabeza se inclinaba á la derecha, hacia monseñor Gamba del Zoppo, grueso, reluciente y digno, y que por lo visto estaba acabando de contar alguna historia. Al otro lado, á la izquierda, iba un guardia noble y otros dos prelados los seguían.

No fué aquello más que una aparición familiar, pues León XIII subía al carruaje, una carretela cerrada. Y Pedro, en medio de aquel jardín, caluroso y oloroso, volvió á experimentar la misma singular emoción que experimentara en la galería de los Candelabros cuando evocó el paso del papa por delante de los Apolos y de las Venus haciendo gala de su triunfal desnudez. Allí no era más que el arte pagano el que celebraba la eternidad de la vida, las fuerzas soberbias y todopoderosas de la Naturaleza. Y de ahí que allí le viera bañarse en la Naturaleza misma, en la más hermosa, la más voluptuosa y la más apasionada.

¡Ah! ¡Ese papa, aquel blanco anciano, que paseaba su Dios de dolor, de humildad, de renuncia á todo lo mundano por los paseos de ese jardín de amor, durante las lánguidas tardes de los ardorosos días de estío bajo las caricias de los olores, de los penetrantes aromas de los pinos y de los eucaliptos, de los naranjos en su madurez y de los grandes hojes amargos! Pan, todo él, le envolvía con los soberanos efluvios de su virilidad. ¡Qué bien se debía vivir allí entre las magnificencias del cielo y de la tierra y amar la belleza de la mujer y gozar entre la fecundidad universal!

Bruscamente se revelaba esa verdad decisiva; la de que en aquel país de luz y de alegría, no había podido surgir más que una religión temporal de conquistista, de dominación política y no la religión mística y sufrida del Norte, una religión del alma.

Narciso se llevó al presbítero contándole aún historias; la bondad de que daba prueba á veces León XIII, dete-

niéndose á hablar con los jardineros, preguntándoles acerca del estado de los árboles y la venta de las naranjas. Y también le contó el cariño que había tomado á dos gacelas, regalo que le enviaron desde Africa, lindos animales finos á los que le gustaba acariciar y cuya muerte deploró. Por otra parte Pedro no le escuchaba y cuando llegaron ambos á la plaza de San Pedro se volvió y contempló una vez más el Vaticano.

Fijáronse sus miradas en la puerta de bronce, y se acordó de que por la mañana se había preguntado qué se ocultaba tras de aquellos cuarterones de metal, adornados con gruesos clavos de cabeza cuadrada. Y no se atrevió á responderse aún; no se atrevió á decidirse sobre si los pueblos nuevos, ávidos de fraternidad y de justicia encontrarían allí la religión esperada por las democracias de mañana, porque no llevaba más que una impresión primera; pero ¡qué viva era esa impresión! ¡y qué comienzos de desastre para su ensueño!

Una puerta de bronce ¡sí! dura é inexpugnable, cerrando el Vaticano tras sus antiguas hojas, separándolo del resto de la tierra y de una manera tan completa que hacía tres siglos que allí no había entrado nada. Detrás de ella acababa de ver renacer los siglos antiguos, hasta el XVI, inmutables. Allí habíanse como detenido los tiempos para siempre y nada se movía; conservándose todo hasta los trajes de los guardias suizos, de los guardias nobles y de los prelados que no habían sufrido ninguna alteración, y allí se encontraba el mundo tal cual era, hacía trescientos años, con su etiqueta, sus vestimentas y sus ideas.

Si desde hace veinticinco años los papas, para protestar altaneramente, se encierran voluntariamente en su palacio, ese aislamiento, ese secular encierro en el pasado, en la tradición, data desde mucho más lejos y presentaba otro peligro mucho más grave.

Todo el catolicismo acabó por encerrarse como ellos, obsinándose en sus dogmas, no viviendo ya, inmóvil y erguido, más que gracias á la fuerza que tiene su vasta organización jerárquica. ¡Era entonces que á pesar de su aparente ductibilidad, el catolicismo no podía ceder en

nada so pena de ser arrasado? ¡Y qué mundo tan terrible, tan orgulloso, tan ambicioso y lleno de rencores y de luchas! ¡Y qué prisión más extraña, qué aproximaciones bajo los cerrojos; Cristo en compañía de Júpiter Capitolino, toda la antigüedad pagana fraternizando con los Apóstoles; todos los esplendores del Renacimiento rodeando al pastor del Evangelio, al que reina en nombre de los sencillos y de los pobres!

En la plaza de San Pedro declinaba el sol, la dulce voluptuosidad romana caía del cielo límpido, y el joven presbítero quedó trastornado después de tan hermoso día pasado con Miguel Angel, Rafael, las antigüedades y el papa en el palacio más grande del mundo.

—Dispensadme, querido abate,—dijo Narciso,—pero ahora os lo confieso; temo mucho que mi primo no se quiera comprometer con vuestro asunto... Le veré... pero haréis muy bien en no confiar mucho en él.

Eran cerca de las seis cuando aquella tarde volvió Pedro al palacio Boccanera; por costumbre y por modestia entraba por la puertecilla de la escalera de servicio cuyo llavín tenía en su poder; pero aquella mañana había recibido una carta del vizconde Filiberto de la Choue que quería enseñar á Benedetta, y subió por la escalera principal, admirándole mucho no encontrar á nadie en la antecámara.

Generalmente, cuando el criado tenía que salir, se instalaba allí Victorina y se ponía á coser con toda tranquilidad. Su silla estaba efectivamente, y hasta encima de una mesa se veía la costura abandonada que había allí olvidado; indudablemente se había marchado y Pedro se permitió entrar en el primer salón.

Era casi de noche y el crepúsculo se apagaba con moribunda dulzura y el presbítero se quedó sobrecogido y sin atreverse á seguir adelante porque, procedente del salón vecino, del gran salón amarillo, oyó rumor de voces ahogadas, empujones, tropezones, una lucha en fin. Eran súplicas ardientes y después ruidos sordos, respiraciones entrecortadas, anhelosas. Y, bruscamente, no vaciló más, se sintió como impulsado á su pesar por la certidumbre de que alguno se defendía en aquella habitación y que iba á sucumbir.

Cuando se precipitó, fué grande su estupor. Darío estaba allí, enloquecido, trastornado por el deseo desenfrenado en el que se revelaba la ardiente sangre de los Bocca. nera, en su agotamiento elegante del fin de la raza y sujetaba á Benedetta por los hombros, habiéndola derribado en un sofá violentándola, queriéndola hacer suya y abrasándola el rostro con sus palabras.

—¡Por el amor de Dios! ¡Por el amor de Dios no quieras que yo muera y tú también! Puesto que tú misma dices que todo ha concluido y que jamás se anulará ese matrimonio, no seamos más desgraciados de lo que somos ¡ámame como me amas y déjame que te ame! ¡Déjame que te ame!

Pero con los brazos extendidos, llorosa, con el rostro de ternura y de indecible sufrimiento, rechazábale la *contessina*, animada también por una fiera energía repitiendo:

—¡No, no! ¡Te amo, pero no quiero! ¡No quiero!
En ese instante, y á pesar de lo trastornado que se hallaba, experimentó Darío la sensación de que entraba alguien. Se irguió con violencia y miró á Pedro con un aire de alelada demencia y sin reconocerle. Pasóse después las manos por el rostro; tenía húmedas las mejillas y ensangrentados los ojos, y huyó exhalando un suspiro, un gemido terrible y doloroso en el que su deseo no saciado luchaba con las lágrimas y el arrepentimiento.

Benedetta se quedó sentada en el sofá, sufriendo y agotadas sus fuerzas y su valor; pero al ver el movimiento que hizo Pedro para retirarse á su vez, muy embarazado con el papel que desempeñaba allí y no sabiendo qué decir, con voz que se iba calmando le dijo:

—No, no, señor abate, no os vayáis... os lo suplico, sentaos, pues deseo hablaros un momento.

Creyó no obstante que debía excusarse por su brusca entrada y explicó cómo había encontrado abierta la puerta del primer salón y que únicamente había hallado en la antecámara el trabajo de Victorina abandonado sobre una mesa.

—¡Pues es cierto, Victorina debía estar allí!—exclamó la *contessina*.—Hacia poco que la había yo visto. La llamé cuando mi pobre Darío perdió la cabeza ¿por qué no ha venido?

Obedeciendo después á un movimiento de expansión, inclinándose á medias y con la faz aun encendida por la lucha, añadió:

—Escuchadme, señor abate, voy á explicaros todo lo que hay para que no forméis mala opinión de mi pobre Darío, pues esto me causa mucha pena... para que veáis lo que son las cosas. De lo que ha sucedido tengo yo la mayor parte de la culpa. Ayer noche me pidió una cita para que pudiésemos hablar tranquilamente, y como sabía que mi tía no se hallaría aquí á esas horas le dije que viniese. ¿No es verdad que esto es muy natural? Después de la gran pena que nos causó la noticia que hemos recibido de que mi casamiento no se anulará jamás, debíamos hablar para ponernos de acuerdo... Sufríamos mucho y era necesario tomar una resolución. Y entonces cuando estuvo aquí nos echamos los dos á llorar y hemos permanecido largo rato abrazados, acariciándonos y mezclando nuestras lágrimas. Le besé mil veces, repitiéndole que le adoraba, que estaba desesperada al causar su desgracia y que me moriría seguramente de pena al verle tan desgraciado. Tal vez ha podido creerse que yo le alentaba, no es un ángel, no debí haberle tenido abrazado durante tanto tiempo... ya lo comprendéis, señor abate; se puso al fin como un loco por querer la cosa que, delante de la *Madonna*, he jurado no entregar nunca más que á mi marido.

Dijo Benedetta esto sencillamente, sin cortedad alguna, con su aire de joven razonable y práctica. Una débil sonrisa apareció en sus labios cuando continuó:

—Le conozco muy bien á mi pobre Darío y eso no me impide que le ame, al contrario. Tiene el aire delicado, hasta un poco enfermizo, pero en el fondo es un apasionado, un hombre que tiene necesidad del placer. ¡Sí! Es la antigua sangre que hierve en sus venas y sé algo de eso, porque he tenido siendo pequeña, accesos de cólera que me han hecho revolcar por el suelo y aun hoy, cuando el gran soplo pasa, es preciso que me violente, que me torture para no cometer las tonterías más grandes... ¡Pobre Darío! ¡Qué poco sabe sufrir! Es como un niño cuyos caprichos deben ser satisfechos en el acto, pero, sin embar-

go, en el fondo tiene mucha razón, y me espera, porque dice que la felicidad formal está conmigo que le adoro.

Vió entonces Pedro precisarse para él esa figura del joven príncipe que hasta entonces había visto con vaguedad. Muriéndose de amor por su prima no había dejado de divertirse. Un fondo de perfecto egoísmo; pero á pesar de todo un buen muchacho. Sobre todo tenía una incapacidad absoluta para sufrir, un horror muy grande hacia el sufrimiento, la fealdad y la pobreza tanto para sí como para los demás. Su carne y su alma eran para la alegría, el esplendor, la apariancia y la vida á la luz del sol.

Y acabado, agotado, no tenía fuerza más que para esa vida de ocioso no sabiendo ni pensar ni querer, hasta el punto de que no se le había siquiera ocurrido la idea de formar al lado del nuevo régimen.

Con esto y con un orgullo desmesurado de romano, la pereza mezclada con una sagacidad y un sentido práctico de la realidad, siempre dispuesta, tenía además el encanto final de su raza que se acababa, con su continuo de mujer, con acceso de frenético deseo y una sensualidad fiera que á veces se manifestaba de una manera imprevista.

—Que mi pobre Darío se vaya á ver á otra, yo se lo permito,—añadió Benedetta bajando la voz y con hermosa sonrisa.—¿No es verdad? No hay que pedir imposibles á un hombre y yo no quiero que se muera.

Y como Pedro la mirase con asombro, porque aquello trastornaba sus ideas acerca de los celos de los italianos, exclamó Benedetta, ardiendo con su apasionada adoración:

—No, no, por eso no tengo celos. Es para su placer y no me da pena. Sé muy bien que volverá siempre á mi lado y que no será más que mío, pero sólo mío, el día en que yo quiera ó pueda.

Quedáronse silenciosos, el salón se fué llenando de sombra, el oro de las grandes consolas perdiendo su fulgor, y una melancolía infinita caía del alto y obscuro artesonado y de las antiguas tapicerías de color de otoño.

De pronto, y por una de esas casualidades que produce la luz, se destacó un cuadro, colocado encima del sofá en

que se hallaba la *contessina*; el cuadro era el retrato de la joven del turbante, de la hermosa Cassia Boccanera, la antepasada enamorada y justiciera. De nuevo llamóle la atención el parecido al presbítero, que, pensando en alta voz, dijo:

—La tentación es la más fuerte, y llega un momento en que se sucumbe, y hace un momento si yo no hubiese entrado...

Interrumpióle Benedetta con violencia:

—¡Yo! ¡A mí no! No me conocéis, antes habría muerto.

Y con una extraordinaria y exaltada devoción, animada toda ella por el amor, y como si la fe supersticiosa hubiese encendido la pasión hasta el éxtasis, añadió con vehemencia:

—He jurado á la *Madonna* no dar mi virginidad más que al hombre que amase, pero únicamente el día en que sea mi marido, y ese juramento lo he cumplido á costa de mi dicha, y lo sostendré á costa de mi vida si es preciso... Sí, Darío y yo moriremos si es preciso, pero la Virgen santa tiene mi palabra y los ángeles no llorarán en el cielo.

En esto estaba retratada por completo, con una sencillez que al principio podía parecer complicada é inexplicable.

Sin duda obedecía á esa singular idea de nobleza humana que el cristianismo ha puesto en la dominación de la carne y la pureza, toda una protesta contra la eterna materia, las fuerzas de la naturaleza, la fecundidad sin fin de la vida.

Pero en ella, había mucho más aun, un precio de amor inestimable dado á la virginidad, un regalo exquisito, de una alegría infinita, que quería ser el amante elegido, escogido por su corazón, convertido en señor absoluto de su cuerpo en cuanto Dios los hubiese unido. Para Benedetta, fuera del ministro del Señor y del casamiento religioso, no había más que pecado mortal y abominación. Y entonces se comprendía su larga resistencia á Prada, al que no amaba, y su resistencia desesperada y dolorosa á Darío, al que adoraba, pero al que no quería entregarse más que en legítima unión. ¡Y qué tortura para aquel alma

enamorada, la de tener que resistir á su amor! ¡Qué continuo combate entre el deber, el juramento hecho á la Virgen, y la pasión, esa pasión de su raza que, á veces, como ella misma lo confesaba, soplabá tempestuosamente! Por muy ignorante é indolente que fuese, capaz de una eterna fidelidad de ternura, exigía aparte de eso, lo serio, lo material del amor. Ninguna mujer no estaba tan poco entregada como ella al desvarío.

Contemplóla Pedro á la luz del crepúsculo moribundo y se le figuró que la veía y comprendía por primera vez. Su dualidad revelábase en sus labios un poco gruesos y carnosos, en sus ojos inmensos, negros y sin fondo y en su rostro tan tranquilo, tan razonable y de una delicadeza infantil.

Con eso, detrás de sus ojos de fuego, bajo aquel cutis tan puro, tan terso, adivinábase la tensión interior de la supersticiosa, de la orgullosa y voluntariosa, la mujer que se conservaba obstinadamente para su amor, no obrando más que para gozar de él, siempre dispuesta, con su despierta razón á evitar cualquier locura que pudiese arrastrarla. ¡Ah! ¡cómo se explicó que la amasen! ¡Cómo comprendió que una criatura tan adorable, con su hermosa sinceridad, su deseo de reservarse para entregarse mejor, debía llenar la existencia de un hombre! Y se le presentó como la hermana menor de aquella Cassia, deliciosa y trágica, que no había querido vivir con su virginidad, en adelante inútil, y que se arrojó al Tíber arrastrando á su hermano y el cadáver de su amante Flavio.

Impulsada por un movimiento de simpatía, Benedetta asió las manos de Pedro.

—Hace quince días, señor abate, que estáis aquí y os aprecio mucho, porque comprendo que sois mi amigo. Si nos comprendéis en el primer momento, no por eso debéis juzgarnos mal. Os juro que, por muy poco sabia que sea, procuro siempre obrar de la mejor manera posible.

Conmovióle mucho con su benévola gracia y la dió las gracias, conservando un momento entre las suyas las hermosas manos de Benedetta, porque también se apoderaba de él una gran ternura. Se apoderó de él un nuevo ensueño, el de ser su educador, si para ello tenía tiempo, y no

marcharse sin haber, al menos, conquistado aquel alma para las ideas de caridad y fraternidad futuras que eran las suyas. ¿No representaba á la Italia de ayer esa criatura admirable, indolente, ignorante, desocupada, que sólo sabía defender su amor?

La Italia de ayer, tan hermosa y adormecida, con su gracia acabada, encantadora en su adormecimiento y que guardaba tanto desconocido en el fondo de sus negros ojos, ardientes de pasión. ¡Y qué papel el de despertarla, instruírla, conquistarla para la verdad, el pueblo de los que sufren y de los pobres, la Italia rejuvenecida de mañana y tal cual él la soñaba!

Hasta en aquel desastroso casamiento con el conde Prada y en su ruptura, quería Pedro ver una tentativa abortada, la Italia moderna del Norte queriendo apresurar demasiado el trabajo, demasiado brutal para amar y para transformar á la dulce Roma tan atrasada, grande aun y perezosa. Pero ¿no podía reanudar el trabajo, no había observado que su libro, después de la impresión producida por la primera lectura, había quedado en ella como una preocupación, un interés en medio del vacío de sus días, llenos solos con sus penas? ¡Cómo! ¿No era posible interesarse por los demás, por los pequeños de este mundo, en la dicha de los mismos, y no había en todo esto un alivio de la propia miseria? Estaba ya conmovida y él se prometió hacerla derramar lágrimas, estremeciéndose él mismo á su lado, al pensamiento del infinito amor que daría el día que ella amase.

Hízose por completo de noche y Benedetta habíase levantado para pedir una lámpara. En el momento en que Pedro se despedía de ella, detúvose entre la semiobscuridad. No la veía, y la oyó únicamente decir con su voz grave:

—¿No es verdad, señor abate, que no formaréis mala opinión de nosotros? Darío y yo nos amamos y esto no es un pecado cuando se es prudente... ¡Ah! ¡Sí! ¡Le amo y desde hace mucho tiempo! Figúraoslo; tenía yo apenas trece años y él dieciocho y nos queríamos, nos amábamos como locos, en ese gran jardín de la villa Montefiori que han destrozado. ¡Ah! ¡Cuántos días hemos pasado allí, tan

des enteras, perdidos entre los árboles, vivido horas y más horas en el fondo de enmarañados escondites besándonos como querubines! Cuando llegaba el tiempo de la madurez de las naranjas había allí perfumes que nos embriagaban. ¡Y los grandes bojes amargos cómo nos envolvían, y con su olor penetrante, cómo hacían latir nuestros corazones! Ahora no puedo respirar esos olores sin desfallecer.

Entró un criado con la lámpara y Pedro subió á su cuarto. En la escalerilla encontró á Victorina que experimentó un ligero estremecimiento como si se hallase allí á propósito acechando su salida del salón. Le siguió y habló informándose, y de pronto tuvo el presbítero conciencia de todo lo ocurrido.

—¿Por qué no acudisteis cuando os llamó vuestra ama ya que estabais cosiendo en la antesala?

Al principio quiso hacerse la ignorante y que no había oído nada, pero su cara franca y leal no podía mentir y refase á pesar de todo. Y al fin lo confesó con su aire animoso y alegre:

—¡Diantrel! ¿Es que acaso me tocaba á mí intervenir entre enamorados? Y después de todo estaba bien tranquila porque sabía que el príncipe ama demasiado á Benedetta para hacerla daño.

La verdad era que, comprendiendo de lo que se trataba, al oír el primer llamamiento de angustia dejó sin hacer ruido la labor sobre la mesa y se marchó á paso de lobo para no estorbar á sus queridos hijos como los llamaba.

—¡Ah! ¡Pobre niña!—exclamó.—¡Qué mal hace en martirizarse con esas ideas del otro mundo! Puesto que se aman tanto ¿en dónde estaría, Dios mío, el mal, si gozasen algo de la dicha? La vida no es tan buena que se deba despreciar la ocasión ¡y qué pesar más grande, más adelante, el día en que no sea ya tiempo!

Al quedarse solo en su cuarto sintióse Pedro de pronto trastornado, vacilante ¡los grandes bojes amargos! ¡Los grandes bojes amargos! Como él habíase ella estremecido con su violento aroma de virilidad y volvían y evocaban los de los jardines pontificales, de los voluptuosos jardi-